

EL “ROSTRO DE LA BATALLA”: NUEVAS CORRIENTES Y PROBLEMAS EN LA HISTORIA MILITAR ANTIGUA Y EL AUGE DE LA NOVELA HISTÓRICA DE TEMA BÉLICO*

Fernando Quesada Sanz
Universidad Autónoma de Madrid
fernando.quesada@uam.es.

THE “FACE OF BATTLE”: RECENT TRENDS AND PROBLEMS IN ANCIENT MILITARY HISTORY AND THE RISE OF MILITARY HISTORICAL FICTION

RESUMEN: En este artículo se analiza el impacto del trabajo de J. Keegan “El rostro de la batalla” en la investigación sobre historia militar antigua de las últimas décadas, así como la adopción de su enfoque por parte de una corriente de novela histórica de tema esencialmente militar, dos vías en parte paralelas y en parte divergentes mediante las que la Historia Militar llega a un público amplio. Discutimos la posibilidad misma de narrar adecuadamente, desde cualquiera de ambos tipos de texto, la confusión esencial al combate en la antigüedad. Finalmente, analizamos brevemente las posibilidades de emplear la novela histórica de tema militar en el estudio académico de la misma temática.

PALABRAS CLAVE: Rostro de la batalla, Historiografía, Novela Histórica, Historia Militar Antigua.

ABSTRACT: In this paper we analyze the impact of John Keegan’s seminal book “*The Face of Battle*” in current academic Ancient Military History, and also the adoption of his approach by a mainstream current of historical fiction with an ancient military history subject. These are two ways, parallel and divergent at the same time, by which military History reaches a wider audience. We discuss if there is a real possibility of describing faithfully, from any of these alternative viewpoints, the essential chaos and confusion of battle in antiquity. Finally, we briefly discuss how military historical fiction can be used in an academic context.

KEYWORDS: “Face of Battle”, Historiography, Historical Novel, Ancient Military History.

RECIBIDO: 20.07.2015. ACEPTADO: 15.11.2015

* Agradecemos a los evaluadores del artículo sus observaciones y comentarios, que hemos tenido en cuenta. Trabajo realizado en el marco del Proyecto de I+D+i de Excelencia HAR2013-43683-P, ‘Resistencia y asimilación. La implantación romana en la Alta Andalucía...’

“Novelists and “face of battle” enthusiasts have much in common”

E. L. Wheeler¹

“—Me he orinado encima, señor

—No te preocupes por eso, muchacho.

A mí me pasó lo mismo en Maratón. Y aquel día maté a más de un persa”

J. Negrete²

1. INTRODUCCIÓN

Posiblemente la más importante innovación en los estudios sobre Historia Militar Antigua desde hace más de un siglo se produjo en 1976, con la publicación de un libro que desde el principio causó un gran impacto sobre los estudios militares en general, y sobre los antiguos en particular. Otras tendencias han derivado en buena medida de ésta, aunque las visiones más tradicionales siguen bien vivas y siguen siendo relevantes y útiles³. Nos referimos a *The Face of Battle* de John Keegan⁴. Aunque la riqueza de pensamiento de este libro es grande y abarca numerosas facetas, lo que le ha hecho famoso, su principal novedad, fue la aplicación del análisis de batallas concretas desde la perspectiva del combatiente sobre el terreno, a ras de suelo. Todo ello analizando los espacios y tiempos desde una perspectiva que los arqueólogos llamaríamos “de nivel micro”, y poniendo un énfasis especial en la experiencia directa física y psicológica del combatiente en los minutos –u horas– de combate efectivo. Es importante resaltar que su enfoque no busca sólo la descripción de las circunstancias de la batalla, sino explicar

¹ En E. L. Wheeler, “Firepower: missile weapons and the “Face of Battle”, *Electrum* 5 (2001) 169-184.

² J. Negrete, *Salamina* (Barcelona 2008) 529.

³ P. e. P. Ducrey, “Aspects de l’histoire de la guerre en Grèce ancienne 1945-1996”, en P. Brulé, J. Oulhen (eds.) *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne* (Rennes 1997) 123-138; V. D. Hanson, “The status of Ancient Military History: traditional work, recent research, and on-going controversies”, *The Journal of Military History* 63 (April 1999) 379-414; Y. Le Bohec, “Bibliographie de l’armée romaine (suite et fin): vingt-cinq ans de recherches (1977-2002)”, *Revue des Études Militaires Anciennes* 3 (2006) 75-81; M. Bettalli, “Guerre tra polemologi. Dieci anni di Studi sulla guerra nel mondo greco 1998-2008”, *Quaderni di Storia* (2008) 159-231; F. García Alonso, “La Arqueología e Historia Militar Antigua en Europa y Estados Unidos: situación actual y perspectivas”; J. Vidal, B. Antela (Eds.), *La guerra en la antigüedad desde el presente* (Zaragoza 2011) 1-29; F. Quesada, “Reflexiones sobre la historia, situación actual y perspectivas de la Arqueología e Historia Militar Antigua en España”; J. Vidal, B. Antela (eds.) *La guerra en la Antigüedad desde el presente* (Zaragoza 2011) 41-74; L. L. Brice, J. T. Roberts, *Recent Directions in the Military History of the Ancient World*, Publications of the Association of Ancient Historians, 10 (Claremont 2011).

⁴ J. Keegan, *The Face of Battle* (London 1976). Sobre su impacto, ver por ejemplo, entre las obras más recientes, S. Morillo, M. F. Pankovic, *What is Military History?* (Cambridge 2013) 42 y *passim*; S. Phang “New Approaches to the Roman Army”, en L. L. Brice, J. T. Roberts (eds.), *Recent Directions in the Military History of the Ancient World*, Publications of the Association of Ancient Historians, 10 (Claremont 2011) 119-121, etc.

desde una nueva óptica su desarrollo mismo y su desenlace. Para ello parte de las magnitudes físicas ineludibles (el espacio, los tiempos horarios, las capacidades físicas de las armas, el tiempo atmosférico concreto, etc.), magnitudes que tantas veces se pierden en el tradicional análisis desde el punto de vista elevado del oficial de “estado mayor”, donde el terreno es un mapa más o menos detallado donde maniobran fichas de distintos colores en un baile casi geométrico y desde luego intelectual y físicamente alejado de las atroces realidades del combate.

Parece obvio que, para que este método de análisis consiga una fiabilidad razonable, resulta esencial que el historiador cuente con suficiente material de primera mano, narraciones directas de los combatientes, relatos de testigos presenciales y/o diarios detallados de operaciones. Por eso no es de extrañar que John Keegan escogiera tres “estudios de caso” de diferentes periodos, todos ellos bien documentados: Agincourt (25 de Octubre de 1415), Waterloo (18 de Junio de 1815) y la primera jornada del Somme (1 de Julio de 1916), pero ninguno de ellos procedente de la Antigüedad.

En ocasiones se ha acusado no tanto a este trabajo, sino a sus descendientes, generar un enfoque atractivo especialmente para académicos universitarios, “generales de butaca”, en busca de emociones fuertes⁵, y para aficionados con un toque “gore”, ya que el modelo de Keegan reduciría la guerra a uno de sus elementos, clave sin duda, pero que minusvaloraría cuestiones como estrategia, logística, el peso del mando, etc.⁶. El propio autor –por otra parte profesor en la Academia Militar de Sandhurst y en constante contacto con militares de todo el mundo– ponía la venda antes de la herida en las dos primeras líneas de su libro: “*I have not been in a battle, nor near one, nor heard one from afar... And I grow increasingly convinced that I have very little idea of what a battle can be like*”⁷ para demostrar luego la inconsistencia de la crítica en el propio libro⁸ y en varios otros posteriores⁹.

⁵ P. e. E. L. Wheeler, “Firepower: missile weapons and the “Face of Battle”, *Electrum* 5 (2001) 169-184; también E. L. Wheeler, “Battles and Frontiers”, *Journal of Roman Archaeology* 11 (1998) 644-651, particularmente 650, que contiene una descalificación acerba y global –y a nuestro juicio injusta y personal– de A. Goldsworthy, *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200* (Oxford 1996). Concede sin embargo que “*a face-of-battle*” book on the Roman army may be possible... Hanson... succeeded with the hoplite phalanx, a much simpler tactical system...”. Wheeler continúa con su estilo dascalificatorio en “Greece: Mad Hatters and March Hares”, en L. E. Brice y J. T. Roberts (Eds.) *Recent directions in the Military History of the Ancient World. Publications of the Association of Ancient Historians*, 10 (2011) 64 ss., donde llega a definir un “Keegan-Hanson—Goldsworthy approach” (p. 69).

⁶ Con todo, la primera edición al español de la obra de Keegan fue publicada como *El rostro de la batalla* por el Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército, en su “Colección Ediciones Ejército. Biblioteca Básica del Militar Profesional”, vol. 35, Madrid (1990), mucho antes de la reedición por Editorial Turner en 2013, lo que ya quiere decir mucho sobre su impacto en el ámbito profesional, sin olvidar que Keegan fue durante años profesor en Sandhurst.

⁷ J. Keegan, *The Face...* 13.

⁸ J. Keegan, *The Face...* 34.

⁹ J. Keegan, *The mask of Command* (London 1987); *Intelligence in War* (London 2003). O en otra obra, *A History of Warfare* (London 1993), en la que demuestra que su *The Face of Battle*, abriendo camino como lo hizo, sólo era una de las varias facetas de su pensamiento sobre la Historia Militar, aunque

La mayor parte de lo que se ha escrito sobre historia militar en general desde 1976 tiene en mayor o menor medida a *The Face of Battle* como elemento de referencia, aunque sea crítica. Keegan no se adentró en el terreno de la Antigüedad, quizá por carecer de la necesaria y muy específica formación arqueológica y lingüística, y probablemente porque pensara que no habría datos suficientes para realizar una aproximación similar a la de Agincourt. Sin embargo, enseguida otros vieron las posibilidades del nuevo enfoque que se centraba en la parte más brutal de la guerra: la experiencia personal y directa del combate con arma blanca, cara a cara.

El primer seguidor de Keegan para el mundo antiguo cuyo trabajo alcanzó difusión global fue D. Hanson en su *The Western Way of War*¹⁰, dedicado al estudio del rostro de la batalla en el mundo griego clásico, y a demostrar que en la búsqueda griega de la batalla decisiva, breve, sangrienta y heroica, radica buena parte de una mentalidad “occidental” de hacer la guerra centrada en el concepto de “victoria o muerte; la retirada es deshonrosa”, aunque no sea éste el concepto que nos preocupe aquí ahora. No es en modo alguno casual que Hanson¹¹ solicitara a J. Keegan que escribiera la Introducción de su obra; ni que Keegan aceptara, probablemente porque viera en ella no sólo una prolongación de su método, sino ideas que iban aún más allá¹². De hecho, Hanson reconoce honestamente en el Prefacio que “*Obviously, Keegan’s The Face of Battle has been both a model and inspiration for my treatment of Greek Battle... a book so fresh in spirit that has changed forever our very notions of what military history should be*”¹³.

Posteriormente muchos autores han seguido esta línea de investigación; el trabajo más conocido es sin duda el de A. Goldsworthy, otro prolífico autor que en su Tesis Doctoral, publicada en Oxford en 1996, realiza consideraciones enternecedoramente similares a las citadas de Keegan al principio de su obra: “*I have never been a professional soldier, nor I am ever likely to participate in a real battle*”¹⁴

sea sin duda alguna la que mayor huella ha dejado. Con todo, esta última obra de amplio espectro muestra discutibles perspectivas sobre el mundo antiguo, derivadas de un conocimiento menor de las fuentes y su problemática que el que tenía para periodos posteriores.

¹⁰ V. D. Hanson, *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece* (London 1989).

¹¹ Quien por entonces ya tenía obra importante a sus espaldas sobre la guerra en Grecia, aunque no había salido del ámbito especializado, cf. V. D. Hanson, *Warfare and Agriculture in Classical Greece* (Berkeley-Los Angeles-London 1983).

¹² Posteriormente el trabajo de Hanson ha ido avanzando en una línea de neo-conservadurismo ideológico manifestado en muchas facetas, que llegó a convertirle en un apoyo intelectual de la política exterior de presidente G. W. Bush (quien llegó a concederle la *National Humanities Medal* en 2007) y a concepciones que no podemos seguir ni nosotros (recensión de V. D. Hanson, “*The Soul of Battle...*”, en *Gladius*, 21 (2001), ni otros más radicales desde el punto de vista ideológico, como B. Antela “*The Western Way of War: un modelo a debate*”, en J. Vidal, B. Antela (Eds.) *La guerra en la Antigüedad desde el presente* (Zaragoza 2011) 141-161. Ver por ejemplo las contribuciones de Hanson a la *National Review*, especialmente “*Myth and Reality?*” (23 de Abril de 2004), donde aplica conceptos del mundo antiguo al actual de manera a nuestro juicio indebida y forzada (<http://www.nationalreview.com/article/210386/myth-or-reality-victor-davis-hanson?target=author&tid=900280>, última consulta 15 Julio 2105).

¹³ D. D. Hanson, *The Western...*, xx.

¹⁴ A. Goldsworthy, *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200* (Oxford 1996) vii.

(Goldsworthy 1996: vii). Goldsworthy considera *The Face of Battle* una *master-piece* que cita abundantemente junto con el libro de Hanson que acabamos de citar¹⁵.

Tras una primera fase entre mediados de los ochenta y principios de los noventa del s. XX, la investigación histórica sobre la experiencia del combate ha avanzado en varias direcciones, de las que en este trabajo nos limitaremos a sólo tres. La primera tiene que ver con la peculiar naturaleza del combate cuerpo a cuerpo: pese a una amplia percepción popular (incluso entre historiadores no especialistas) el combate cuerpo a cuerpo, como una actividad de una violencia continuada, no puede prolongarse durante un tiempo física y psicológicamente prolongado como a menudo suele creerse¹⁶. La investigación más reciente, sobre todo para el mundo romano, está llegando al consenso de que el combate era más lento de lo que se creía, que era más tentativo y lleno de pausas en que las líneas se separaban unos metros y se observaban... lo que permite explicar las batallas de varias horas que las fuentes describen de manera rutinaria. Este es un modelo que todavía tiene que calar en los medios de difusión masivos (series de TV y cine sobre todo, pero también en la narrativa)¹⁷. Aunque con menor consenso, algo parecido se está produciendo para el modelo de combate de la falange griega arcaica y clásica temprana, para la que Hans van Wees¹⁸ ha defendido persuasivamente que la formación de falange arcaica de los siglos VII-VI a.C. habría sido bastante más abierta y menos densa de lo que suele creerse, con un combate mucho más irregular en el que el *othismos*, o *melée* de escudos y hombres, nunca habría tenido lugar en el sentido en que se refleja por ejemplo en la novela de Steven Pressfield, *Puertas de Fuego*, o en la novela gráfica *300* de Frank Miller¹⁹. Sólo en época clásica, desde después de las guerras Médicas a mediados del s. V a. C., la falange hoplita habría cambiado su forma de combatir: incluso en las Termópilas para van Wees los espartanos “combatían en un orden aparentemente tan fluido como el de los primeros hoplitas”²⁰.

¹⁵ A. Goldsworthy, *The Roman Army...* 6.

¹⁶ Cf. p. e. la discusión en A. Goldsworthy, *The Roman Army...*, 224 ss. Pero ver también matizaciones en E. L. Wheeler, “Battles and frontiers...” 648.

¹⁷ Al respecto, P. Sabin, “The face of Roman Battle”, *Journal of Roman Studies* 90 (2000) 1-17; A. Zhmodikov, “Roman Republican Heavy infantrymen in battle (IV-II Centuries BC)”, *Historia* 49.1 (2000) 67-78; F. Quesada, “El legionario romano en época de las guerras púnicas: formas de combate individual, táctica de pequeñas unidades e influencias hispanas”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua* 16 (2003) 163-196. Muy recientemente –tras haberse redactado este trabajo– se ha publicado una extensión del modelo del “rostro de la batalla” a los combates de escaramuza y en orden abierto en la batalla romana: A. O. Anders, “The Face of Roman Skirmishing”, *Historia* 64.3 (2015) 263-300.

¹⁸ H. van Wees, *Greek Warfare. Myths and realities* (London 2004) 166-191. Contra E. L. Wheeler, *Battles and Frontiers...* 647 n. 14, con referencias anteriores; y más recientemente A. Schwartz revisando la visión ortodoxa: *Reinstating the Hoplite. Arms, Armour and Phalanx Fighting in Archaic and Classical Greece* (Stuttgart 2009).

¹⁹ S. Pressfield, *Puertas de Fuego* (Barcelona 1999, ed. or. inglesa 1998); F. Miller, *300* (Barcelona 2000).

²⁰ Van Wees, *Greek Warfare...* 180.

La segunda cuestión relevante para nuestro discurso es la idea, sostenida recientemente para el mundo romano por diversos autores²¹, de que buena parte de la guerra en el mundo romano refleja una constante tensión entre dos conceptos contrapuestos, *uirtus* y *disciplina*. La segunda, un concepto más próximo al actual, no se orientaba tanto a condicionar al soldado para obligarle a marchar sin vacilaciones al terrible crisol de la batalla, sino que por el contrario buscaba atemperar y limitar la feroz acometividad, el valor físico llevado al límite, que caracterizaban la gran cualidad marcial –y romana– por excelencia, la *uirtus*, el valor militar, físico, la acometividad feroz del guerrero. El legionario romano se ve así de manera creciente hoy en día como un guerrero feroz, antes que un gris soldado disciplinado, pronto a la acometida incluso irreflexiva, cuya agresividad había de ser limitada y moldeada. No era pues el legionario un apático campesino reclutado a la fuerza como en la Europa del s. XVIII, cuya agresividad había de ser fomentada y dirigida por un método disciplinario feroz, sino todo lo contrario.

La tercera novedad, que es la que ha pasado de manera más llamativa a la literatura, y enseguida a un cine necesitado siempre de emociones más intensas e impactantes, es la evidencia de la brutal violencia e intensidad del combate con arma blanca, la sangre y el “gore” (por otro lado ya evidente en la *Iliada*, e.g. 14, 293 ss.), que ha llevado en ocasiones a lo que podríamos considerar casi una forma de “pornografía de la violencia”, especialmente visible en novelas gráficas que tienen una gran densidad argumental, mucho más basada de lo que parece en las fuentes clásicas. Es el caso de la obra ya citada *300* de Frank Miller, luego llevada al cine con enorme éxito entre un público joven por Zack Snyder (2007)²². No es casual que –cosa rara en una novela gráfica–, Miller presente una brevísima bibliografía final de cuatro títulos, uno de ellos Heródoto, y que uno de los tres restantes sea el libro de Hanson, *The Western Way of War*, el mejor exponente reciente, como hemos dicho, de la escuela del “rostro de la batalla antigua”.

2. LA BATALLA EN LA NOVELA HISTÓRICA. LA EVOLUCIÓN RECIENTE

Los estudios sobre el comportamiento del combatiente individual en la batalla antigua se han multiplicado desde el pionero trabajo de Keegan, y no es éste el lugar de tratar de citarlos todos, pero sí es nuestra intención mencionar cómo esta forma de aproximación se ha trasladado al ámbito de la novela histórica de tema bélico, moldeando lo que casi puede considerarse un subgénero de

²¹ Entre quienes destacamos a J. Lendon, *Soldiers and Ghosts. A history of battle in Classical Antiquity* (Yale 2005); M. McDonnell, *Roman Manliness. Virtus and the Roman Republic* (Cambridge 2006); y en menor medida R. Cowan *For the Glory of Rome. A History of Warriors and Warfare* (London 2007) y S. Phang *Roman Military Service. Ideologies of Discipline in the Late Republic and Early Principate* (Cambridge 2008).

²² Nos abstendremos de comentar nada sobre su lamentabilísima secuela de 2014, *300: Rise of an Empire* dirigida por Noam Murro.

la misma. Dado el peso que la novela histórica ha adquirido en los últimos años, hasta el punto de ser una de las mejores fuentes de ingresos para muchas editoriales, y dado que hay muchos que la conciben como una forma de “aprender disfrutando”, obviando la diferencia entre la literatura (con sus objetivos y métodos propios) y la Historia²³, conviene echar un vistazo a la transformación de enfoque narrativo de la guerra antigua producida en las últimas décadas. Veremos cómo la novela anterior a 1980 presenta la batalla de forma muy distinta a la posterior, precisamente por la influencia de Keegan y sus seguidores, a menudo indicada de forma expresa, según acabamos de anunciar y veremos enseguida con más detalle mediante ejemplos concretos.

Quizá haya que resaltar que, de las múltiples facetas del análisis de Keegan, lo que más ha atraído a los novelistas históricos recientes es la perspectiva personal y directa del combate visto en primera persona, es decir, lo más relacionado además con el toque sangriento e incluso “*gore*” que antes mencionábamos, aunque la aportación de Keegan vaya, por supuesto, mucho más allá. Nos centraremos aquí en una selección de la producción anglosajona no sólo por limitaciones de espacio, sino porque es en el mundo americano y británico donde, tanto en novela como en investigación, la aproximación de “rostro de la batalla” ha sido más masiva, generalizada y además influyente, sobre todo a través de la ulterior transmisión al cine. En el mundo germano y francés esta perspectiva se ha abierto paso con más lentitud y menor impacto. Por razones obvias, haremos también referencia a una parte significativa de la producción española reciente.

La novela histórica de tema militar que podemos llamar “clásica” encuentra un buen ejemplo en la obra *El Conde Belisario* de Robert Graves, muy ajustada a la narración de Procopio de Cesarea²⁴. Escogemos este caso porque Graves, bien es sabido, estaba personalmente mucho más cerca del verdadero rostro de la batalla que Keegan, Hanson o cualquiera de los autores, historiadores o novelistas que venimos citando. Pues en efecto Graves combatió de manera prolongada y en primera línea en las trincheras de Flandes durante la Primera Guerra Mundial, y fue herido muy seriamente en la matanza del Somme en 1916. Su autobiografía *Goodbye to All That* sigue siendo a nuestro juicio una de las mejores y más honestas narraciones de la guerra que se hayan escrito²⁵. Sin embargo, Graves evita el “rostro de la batalla” en su narración, quizá porque como combatiente lo conocía demasiado bien, o quizá porque pese a su sólida formación clásica no consideraba factible, con las herramientas de los años treinta, conocer el mecanismo del combate antiguo. Sus descripciones recuerdan pues a las de los autores clásicos, o a las de la historia militar decimonónica basada en la perspectiva “aérea” del general o del narrador omnisciente, alejado del caos inherente al combate (*infra*).

²³ J. Marías, “Regreso al primitivismo”. *El País Semanal* (30 Enero 1995).

²⁴ R. Graves, *Count Belisarius* (London 1980, ed. orig. 1938).

²⁵ R. Graves, *Goodbye to All That* (London 1976, ed. orig. 1929).

Así, en su descripción de la batalla de Daras (Cap. 7), podemos leer algo más parecido a un informe de acción por parte de un general que una novela de ficción, por muy histórica que sea:

“La caballería persa avanzó hasta tiro de arco de la caballería romana en las alas, y comenzó a disparar; una masa de arqueros a pie presionó también hacia el reentrante y comenzó a disparar nubes de flechas contra la infantería romana y la caballería ligera en los ángulos de las trincheras. Los arqueros a pie avanzaron en hileras paralelas de un hombre, con un paso de intervalo entre hileras de un solo paso. Tan pronto como el hombre a la cabeza de su hilera disparaba su flecha, se retiraba a retaguardia y luego gradualmente volvía a la cabecera; de este modo se mantenía un caudal constante de flechas [...]. Un intento desganado por parte de sus lanceros para capturar simultáneamente dos de los puentes fracasó...[...] una o dos horas después, cuando ambos bandos habían agotado sus reservas de proyectiles, se libraron combates desesperados en los puentes a lo largo de toda la línea de batalla con lanza y pica [...] los sarracenos (sic) fueron rechazados al otro lado de la trinchera con gran matanza, y no tuvieron tiempo de reorganizar su formación antes de que Faras y su medio escuadrón de Hérulos cargaran contra su retaguardia desde la colina. Se dice que los hombres de Faras causaron más bajas, en proporción a sus efectivos, que cualquier otra unidad presente aquel día en el campo de batalla”²⁶.

Esta frialdad propia de informe militar se mantiene incluso cuando Graves recurre a descripciones más cercanas y propicias a la visión directa y personal, como la de un combate singular:

“El romano se recuperó más rápido. Cuando el persa se alzaba de rodillas le golpeó en el rostro con su puño, entonces agarró su pie y le volteó con el mejor estilo de la escuela de lucha, y le despachó con un solo golpe de puñal”²⁷.

En otro pasaje, cuando describe Graves el entrenamiento de los soldados, leemos más las fuentes clásicas, desde Vegecio a Mauricio pasando por Procopio, que al guerrero (véase por ejemplo el capítulo 4, “Una caballería mejorada”, título por demás curioso para un capítulo de una novela). Este estilo relativamente frío de narración bélica es característico también de la mayoría de la novela histórica anglosajona, entre 1960 y 1980 la predominante en el mundo en cuanto a ventas y difusión, pero cuando el gran *boom* de la novela histórica militar no

²⁶ R. Graves, *Count Belisarius...* 119 (nuestra traducción).

²⁷ *Ibid.* 115.

había despegado. Por ejemplo, los combates en *Gobernador Imperial* de George Shipway (1968), obra mucho más cercana al lector que la anterior, todavía basculan mucho hacia el punto de vista del oficial que informa a un superior, aunque con un toque más cruel:

*“Los vascones se reunieron y atacaron, derribando a los fugitivos con las espadas o haciéndolos caer como ciervos heridos con disparos certeros de sus hondas. Los legionarios hicieron una breve pausa, recompusieron la formación y atacaron el fuerte. No había foso en aquel terreno pedregoso; la única barrera era un muro de roca, cuya altura llegaba hasta el pecho de un hombre, defendido a toda prisa (sic) por un grupo de supervivientes desesperados. Piedras y cabezas rodaban indiscriminadamente bajo los pies y las espadas de la Valeria, que a continuación procedió a masacrar alegremente a todo el que encontraron en el interior de las murallas...”*²⁸.

De hecho, al estar escrita en primera persona pero desde la perspectiva única del Gobernador Suetonio Paulino, la narrativa de la novela se ve casi obligada a adoptar este punto de vista, lo que se manifiesta en las múltiples descripciones de estrategia y táctica militares *“Desde nuestra elevación podíamos ver una amplia banda de capas multicolores, escudos ricamente esmaltados (sic) y cascos pintados que bordeaban la hueste...”*²⁹. Algo parecido –punto de vista de general y visión de la batalla desde las alturas, pero con detalles impresionistas, se aprecia en otra de las mejores novelas de este periodo, *El Águila en la Nieve*, de Wallace Brem (1970)³⁰:

“Justo antes del mediodía salieron del hielo, arrollaron a mis patrullas de la orilla y asaltaron el puerto, avanzando rápidamente por tres lados en grandes formaciones de cuña, como aves migratorias empujadas por una galerna. Mario se negó a rendirse o retirarse. El poblado se convirtió en fuego y humo, y los legionarios murieron en las murallas y en las zanjas. Lucharon en las calles llenas de humo y en las puertas de casas en llamas. Lucharon con espadas rotas y lanzas melladas, con piedras, ladrillos y con las manos desnudas, hasta que todos fueron arrollados”.

El impacto de la escuela histórica del “rostro de la batalla” se hizo sentir desde principios de los años noventa en la novela histórica. La variación más notable es la multiplicidad de puntos de vista personales que incluyen los del general (lo que permite al autor explicar al lector el cuadro global), pero también el

²⁸ G. Shipway, *Gobernador Imperial*, trad. Núria Gres (Madrid 2010, ed. orig. 1968).

²⁹ *Ibíd.* 357.

³⁰ W. Breem, *El Águila en la Nieve*, trad. Núria Gres. (Madrid 2008, ed. orig. 1970) 243.

de múltiples combatientes de primera línea, a menudo los personajes principales de la novela, lo que permite al autor expresar en toda su crudeza la realidad del combate cuerpo a cuerpo. Probablemente el representante de esta línea que más éxito ha tenido, aparte de la variante gráfica de Miller *300*, ya citada, es Steven Pressfield, cuya novela *Puertas de Fuego* (1998)³¹ sobre las Termópilas adquirió difusión como *best seller* mundial, muy popular además entre el *establishment* militar profesional americano (y estuvo muy cerca de convertirse también en película de gran presupuesto)³².

Su descripción de la batalla, en un libro cuyo título es traducción libre pero sugestiva del topónimo, sigue muchos de los *topoi* principales de la tradición herodotea (incluyendo la inevitable inclusión como línea final del poema de Simónides)³³, pero al historiador moderno no le queda duda de que ha leído a Hanson. De hecho, uno de los rasgos más llamativos de muchas de las novelas históricas modernas es su tendencia a aportar una bibliografía final de obras de referencia que puede ser bastante larga. En concreto, y sobre la obra de Hanson, Pressfield no la recoge en su primer *best seller* (como hemos visto que sí hizo Miller en *300*), pero en *Las virtudes de la guerra* le cita explícitamente junto a clásicos más tradicionales de la historia militar antigua como Bosworth, Fuller o Hammond.³⁴ Entre novelistas españoles como Santiago Posteguillo o Javier Negrete esta “bibliografía final” se ha convertido en costumbre, y los títulos sobre el “rostro de la batalla” suelen figurar en ellas³⁵.

Pressfield lleva la narración de la carnicería de la batalla a dos niveles poco presentes en la novela bélica ambientada en la Antigüedad anterior a 1980. Por un lado, al toque personal, donde los detalles escatológicos ayudan a dar el adecuado ambiente, como cuando los medos observan las filas de la falange griega calar sus cascos corintios:

“con un leve movimiento, su mano derecha cogió uno de los protectores de las mejillas y se bajó la horrible máscara; en un instante la humanidad de su rostro desapareció, sus amables y expresivos ojos se convirtieron en insondables pozos de negrura dentro de cuencas de bronce; toda compasión se desvaneció de su aspecto y fue sustituida por la máscara

³¹ S. Pressfield, *Puertas de Fuego*, trad. Carme Camps (Barcelona 1999).

³² Abandonada por *Universal* tras el éxito de la película *300* sobre el mismo tema (ver <http://www.300spartanwarriors.com/questionsanswers/qastevenpressfield.html>, consultado por última vez el 15 de Julio de 2015).

³³ S. Pressfield, *Puertas...* 391.

³⁴ S. Pressfield, *The virtues of War* (London 2004), por cierto pésimamente traducido al español por la editorial Grijalbo como *La Conquista de Alejandro Magno*, destruyendo de un plumazo toda la estructura interna del libro original.

³⁵ Por ejemplo, en J. Negrete, *Salamina* (Madrid 2008) la bibliografía abarca unos ochenta títulos. En S. Posteguillo, *Africanus. El hijo del cónsul* (Barcelona 2008) cita también una cincuentena de trabajos, entre fuentes clásicas e investigaciones modernas.

del asesinato [...] los ojos de mi amo examinaron las filas del enemigo; se veían manchas de orina que oscurecían la parte delantera de los pantalones de más de un hombre. Las puntas de sus lanzas temblaban...”³⁶.

¿Ha leído mucho Pressfield a sus clásicos, o es mera coincidencia? Porque veamos lo que dice Tucídides sobre otra batalla, la de Anfípolis en 422 a. C.: “Entonces Brásidas [el general espartano] al ver la ocasión propicia... dijo a los que estaban con él: esos hombres no nos harán frente; es evidente por el movimiento de sus lanzas y de las cabezas...”³⁷. Sin duda ha leído mucho, como también Frank Miller en su novela gráfica: el episodio en que Leónidas demuestra a los tespios que hay más guerreros espartanos que de cualquier otra nacionalidad está directamente sacado de Plutarco, en un momento ciertamente posterior, sí, pero perfectamente adecuado para el contexto de las Termópilas³⁸. No pensemos, sin embargo, que este realismo es “exagerado” aunque sí sea morboso: no hace sino retrotraernos al pasado, a quienes realmente habían visto, y describieron, escenas como esta:

“le hirió de cerca a través del casco de bronceas carrilleras: el casco, guarnecido de un penacho de crines de caballo, se quebró al recibir el golpe de la gran lanza manejada por la robusta mano; el cerebro fluyó sanguinoliento por la herida, a lo largo del asta...”³⁹.

Ahora la versión de Pressfield ya nos resulta tan exagerada:

“el cráneo cayó, con casco y todo, al separarse del torso, y rodó en el polvo, brotó la médula y el hueso de la columna vertebral asomó, de un blanco grisáceo...”⁴⁰.

La cuidada documentación, bien directamente a través de fuentes primarias, o más probablemente a través de autores modernos, es incluso explícita en otra de las novelas de Pressfield (la de título pésimamente traducido como *La Conquista de Alejandro Magno*, 2005) donde encontramos un breve apéndice

³⁶ *Ibíd.* 257. (trad. Carme Camps).

³⁷ Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, trad. esp. J. J. Torres Esbarranch (Madrid 1992), 5.10.5.

³⁸ Miller 300, *sp.* Comparar *Plu. Ages.* 26; también *Mor.* 214a (con Agesilao, campaña contra Beocia 371 a. C.).

³⁹ *Iliada*, trad. esp. E. Crespo Güemes (Madrid 1991) 14.293 ss.

⁴⁰ Con todo, en particular, la imagen del herido que mira con los ojos asombrados mientras sostiene sus intestinos desparramados es una imagen que se ha convertido en muy común en la novela histórica de tema bélico como ejemplo ya algo cansino del horror de la guerra (a vuelapluma, S. Pressfield *Puertas...* 270 para el 490 a. C.; B. Cornwell, *Sharpe's Waterloo* (London 1990) posición 2367 edición *ebook*, para 1815 d. C.).

literario-gratulatorio a Hanson⁴¹. Pero es sin duda en la que juzgamos como más perturbadora de sus novelas, *La campaña afgana* (2007), dedicada a un verdadero genocidio que en la novela es narrado desde la perspectiva en primera persona del soldado común (Matías en este caso), donde esta visión del “rostro de la batalla” se manifiesta con mayor claridad. De hecho, curiosamente, el Alejandro de *La conquista...* odia en boca de Pressfield la espantosa guerra de guerrillas afgana (¿le suena esto al lector moderno?), y busca, en el enfrentamiento en el Indo con el gran rey Poro, “una buena guerra... una guerra con honor”⁴².

Uno de los trucos literarios que mejor efecto obtienen es el uso de una “jerga militar” de humor grueso y negro, desde el apodo de “León *polladeburro*” de uno de los hoplitas en *Puertas de fuego*⁴³ hasta el completo glosario de jerga militar en parte de cosecha propia y en parte de uso general entre los soldados de todas las épocas y lugares en *La campaña afgana*⁴⁴. De hecho, y por seguir con Pressfield a quien estamos empleando como ejemplo de una larga serie de autores desde 1980, la propia sintaxis en primera persona de un suboficial: “*si dar por culo [la versión española suaviza buggering por “sodomizar”] a tu compañero es todo lo que hace falta para tener soldados de primera, el trabajo del dedarca se reduciría a gritar ¡media vuelta, y el culo en pompa!*” no resulta una exageración si atendemos, por ejemplo, al mismo tipo de expresiones obscenas características, por ejemplo, de las inscripciones que aparecen sobre los proyectiles o *glandes* de honda del mundo griego o romano⁴⁵ y que a veces muestran el mismo tipo de obsesión anal.

Muchos otros autores, demasiados para citarlos aquí, siguen este mismo camino con diferentes niveles de éxito literario y de ventas. En la reciente novela española, por ejemplo, Javier Negrete, quizá el mejor de los narradores, combina la visión omnisciente del general y la del soldado a pie en la gran batalla final (inspirada claramente en Cannas) de su interesante *Alejandro Magno y las Águilas de Roma*⁴⁶. La formación de filólogo clásico y casi diríamos de historiador de Negrete es manifiesta en esta obra; obviamente su ucronía (la novela parte de la idea de que Alejandro no muere joven en Asia, recuperándose para atacar Italia en 317 a. C.) arranca de una de las primeras “historias alternativas” conocidas, la planteada por Tito Livio cuando discute con toda seriedad (aunque con un cierto apuro), qué hubiera ocurrido si en efecto Alejandro se hubiera revuelto contra los

⁴¹ S. Pressfield, *La Conquista de Alejandro Magno* (Barcelona 2005) 427 (trad. A. Coscarelli).

⁴² S. Pressfield, *La Campaña Afgana* (Barcelona 2007, ed. orig. 2008). (trad. Mila López). En pág. 82 pone este autor en boca de Alejandro unas consideraciones sobre la guerra asimétrica (aunque por supuesto no usa esa expresión) que bien podría haber realizado el general David Petraeus en 2010 cuando recibió el mando en Afganistán.

⁴³ S. Pressfield, *Puertas...* 277.

⁴⁴ S. Pressfield, *La campaña...* 345-346.

⁴⁵ A. Kelly, “The Cretan slinger at war- a weighty exchange”; *Annual of the British School at Athens* 107 (2012) 19 ss.

⁴⁶ J. Negrete, *Alejandro y las Águilas de Roma* (Barcelona 2007). Compárese la visión del general en p. 482 con la del soldado en p. 485.

duros romanos en lugar de contra los afeminados persas⁴⁷. Sin caer en la brutalidad de Pressfield o Miller, Negrete busca también el tono realista del “rostro de la batalla”, como también en otra de sus novelas, *Salamina*⁴⁸. En todo caso, no entraremos aquí en la cuestión de las técnicas narrativas de una batalla, los trucos del escritor. Sobre esta perspectiva Negrete ha escrito un excelente ensayo –poco conocido en el ámbito académico– al que remitimos⁴⁹.

Por su parte, Santiago Posteguillo utiliza una aproximación más clásica, ciñéndose por ejemplo con detalle a las fuentes conservadas en narraciones de batallas como la de *Baecula*, y procurando que el lector, más que el caos del combate, comprenda el desarrollo de la batalla tal y como nos las transmiten las fuentes, aunque, al publicarse la novela tras los recientes descubrimientos en Las Albas-Hacacas-Santo Tomé, sigue situando la batalla en el Guadiel y la moderna Bailén⁵⁰.

3. UN PROBLEMA QUIZÁ IRRESOLUBLE: ¿ES POSIBLE COMPRENDER Y EXPLICAR LA BATALLA ANTIGUA?

Un problema común al escritor griego o romano, al historiador moderno y al novelista, es su intento de enhebrar un discurso coherente y más o menos claro del desarrollo de las batallas. Y en esto encontramos una dificultad que ni siquiera se planteaba la Historia Militar tradicional y descriptiva (que sigue viva y con buena salud en paralelo a las nuevas tendencias), y que sin embargo ya percibió el genial Leon Tolstoi en el siglo XIX: la esencial imposibilidad de comprender y describir adecuadamente el desarrollo de una batalla.

En esencia, tal tarea equivale a la imposible utopía de tratar de imponer orden en lo que es esencialmente caótico, de trazar la simultaneidad o sucesión de acontecimientos cuando antes del s. XX nadie estaba en condición de hacerlo al no

⁴⁷ Cf. Liv. 9.17-19. Ver al respecto F. Quesada, “Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión el Africano: vidas divergentes, muertes paralelas” en F. García Romero, A. Moreno (eds.) *Enemistades peligrosas. Encuentros y desencuentros en el mundo antiguo* (Madrid 2013) 199 ss.

⁴⁸ J. Negrete, *Salamina* (Barcelona 2008).

⁴⁹ J. Negrete, “Narrando batallas” en C. García Gual et al. *Cinco miradas sobre la novela histórica* (Madrid 2009).

⁵⁰ S. Posteguillo, *Las legiones malditas* (Barcelona 2008), Capít. 19, *Baecula*, posic. 3227, en edición ebook. Su narración de la batalla sigue en lo básico el discurso tradicional (incluso con la ubicación de la batalla junto al río Guadiel, en un raro despiste de utilizar por claridad un topónimo moderno y además erróneo) pero la narración no sufre desde el punto de vista del novelista. Porque por un lado Posteguillo se da cuenta, quizá intuitivamente, de la contradicción presente en la narración de la batalla por Livio, con una gran batalla campal que no es tal; y sobre todo porque es el ritmo y la acción la que atrapa al espectador, y porque se pone el adecuado énfasis en el capítulo 21 en el otro resultado de la batalla, el verdaderamente importante: que los hispanos perdieron la fe en Cartago y comenzaron a aclamar a Escipión como “rey”, transfiriendo sus lealtades a Roma. Sobre los recientes descubrimientos en las Albas-Hacacas la obra de referencia es J. P. Bellón, A. Ruiz, M. Molinos, C. Rueda y F. Gómez (Eds.) *La Segunda Guerra Púnica en la península ibérica. Baecula: Arqueología de una batalla*. Textos CAAI, 7, Universidad de Jaén (Jaén 2016), con las Actas del Congreso celebrado en 2011.

abundar los relojes mecánicos de bolsillo o pulsera, y de convertir las interesadas narraciones *ex post facto* de los protagonistas en veraces declaraciones de intenciones previas a la batalla. En este sentido, explicar y comprender batallas antiguas reales es algo muy distinto a narrarlas, dada la mayor libertad del novelista, negada al historiador.

En efecto, la solución del novelista ha de ser, necesariamente, obviar la existencia del problema, y ejercer su libertad de creación; la del historiador es empero más compleja. En principio y en teoría, cualquier historiador militar actual reconoce esta dificultad, incluso quienes hemos “narrado” batallas “clásicas” siguiendo las pautas descriptivas de nuestras únicas fuentes, los autores antiguos. Pero la mayoría procede a continuación a actuar como si no existiera. Pocos son quienes plantean explícitamente, y sólo desde fechas recientes, que quizá estemos ante una imposibilidad narrativa real, y que lo más que se puede plantear con honestidad son los condicionantes, el despliegue inicial, y el resultado con previa reflexión sobre el sesgo de las fuentes, admitiendo la enorme incertidumbre del desarrollo en sí. Este es el mayor problema que apreciamos en la esencia misma del enfoque del “rostro de la batalla”, menos acusado quizá que en la tradicional “perspectiva aérea” omnisciente, pero igualmente digno de reflexión crítica.

Ya que nos encontramos aproximadamente en el bicentenario de la batalla de Waterloo (18 de junio de 1815), la usaremos como ejemplo, dado que es una de las batallas mejor documentadas de la historia. Se cuenta una anécdota sobre Alejandro Dumas quien, en un banquete, narra con detalle lo sucedido en la batalla de Waterloo, en la que no había estado. Finalmente, un general desesperado alzó la voz para protestar: las cosas no habían sucedido así; él lo sabía porque sí que había participado en la batalla. A lo que Dumas respondió: “*Precisamente, mi general, usted estuvo allí. Así que ¿cómo podría saber lo que ocurrió?*”⁵¹. Veamos lo que sobre Waterloo tenía que decir uno de sus participantes, un oficial culto de rango bajo, el capitán Sir John Kinkaid de la *Rifle Brigade*, cuando preguntó a un colega por su experiencia del rostro de la gran batalla: “*¡Que me aspen si entiendo algo de lo que ocurrió, porque pasé todo el día aplastado en el barro y pisoteado por cualquier canalla que tuviera un caballo!*”⁵². Lo que Dumas, perspicaz, quería indicar, es que en la era de la pólvora negra (o de las armas blancas, para el caso) ningún participante que se jugaba la vida en el empeño podía tener una visión global, ponderada y fría de una gran batalla, y que sus percepciones personales impedían que comprendiera su globalidad.

⁵¹ D. Crane en <http://www.spectator.co.uk/books/9335091/waterloo-the-aftermath-by-paul-okeefe-review/> No hemos podido localizar la fuente original de la anécdota, aunque es bien conocida.

⁵² J. Kinkaid, *Adventures in the Rifle Brigade. In the Peninsula, France and the Netherlands from 1809 to 1815*. London 1830 (existe edición electrónica, Proyecto Gutenberg, posición 2525 versión *kindle*. Último acceso 18 julio 2105).

La confusión extrema en un campo de batalla es quizá su rasgo más característico. Militares expertos lo han repetido una y otra vez, sin descanso... y sin éxito en lo que al gran público ávido de historias de batallas se refiere. Aparte de la verborrea de los soldados británicos de infantería ligera en las guerras napoleónicas, es sólo desde la Guerra de Secesión americana (1861-1865) cuando contamos por vez primera con una gran masa documental de diarios, cartas, notas y memorias escritas por personas de ambos bandos y de todos los rangos, y la conclusión es siempre la misma. Así, hablando de la batalla de Gettysburg en Julio de 1863, Frank A. Haskell, un oficial de estado mayor del ejército de la Unión que estuvo en lo más duro de la batalla —y que moriría al año siguiente en Cold Harbor como jefe de regimiento—, pudo escribir una carta a su hermano que se ha hecho famosa y que refleja las dificultades mejor de lo que podría hacerlo cualquier académico: la mejor narración histórica podrá dar los datos, indicar los asaltos y los medios puestos en juego, pero nunca precisar la conexión real entre esos medios y los resultados. Mantenemos el texto en su idioma original por su enorme expresividad:

“A full account of the battle as it was will never, can never, be made. Who could sketch the charges, the constant fighting of the bloody panorama! It is not possible. The official reports may give results as to losses, with statements of attacks and repulses; they may also note the means by which results were attained . . . but the connection between means and results, the mode, the battle proper, these reports touch lightly. Two prominent reasons . . . account for the general inadequacy of these official reports . . . the literary infirmity of the reporters, and their not seeing themselves and their commands as others would have seen them. And factions, and parties, and politics . . . are already putting in their unreasonable demands. . . . Of this battle greater than Waterloo, a history, just, comprehensive, complete, will never be written. By-and-by, out of the chaos of trash and falsehood that newspapers hold, out of the disjointed mass of reports, out of the traditions and tales that come down from the field, some eye that never saw the battle will select, and some pen will write what will be named the history. With that the world will be, and if we are alive we must be, content”⁵³.

Adicionalmente, la dificultad de saber lo que realmente ocurrió en una batalla deriva no sólo de los problemas de confusión y de una percepción por completo parcial y limitada, sino también de los deseos, a menudo de los vencedores tanto como de los vencidos, de presentar sus acciones en la mejor luz posible, de

⁵³ F. A. Haskell, *The battle of Gettysburg* (Boston, Houghton Mifflin 1910). Ver en Internet: <http://www.bartleby.com/43/3506.html> (*American Historical Documents*, 1000–1904. Haskell’s account of the battle of Gettysburg, paragr. 126-146) (última consulta 20 Mayo 2015).

difuminar sus errores y, en fin, de narrar la historia de la manera más favorable a sus intereses. Eso ocurrió sin duda en el caso de la ya citada batalla de *Baecula*, en la que el partido escipiónico convirtió en una gran victoria lo que probablemente fue un éxito táctico limitado y una derrota en el nivel operacional, ya que Asdrúbal se escapó para marchar a unirse con su hermano Aníbal en Italia. El peso del discurso de Fabio Máximo en Roma en 205 a. C. cuando acusó a Escipión de haber faltado a su deber principal: (“...estaremos en el mismo peligro en que estuvimos hace poco cuando pasó a Italia ese Asdrúbal al que tú... dejaste escapar de las manos hacia Italia. Dirás que le habías vencido; pero la verdad es que yo desearía... que no se le hubiera franqueado a un vencido el camino hacia Italia”⁵⁴) quedó sepultado hasta hoy en la historiografía por la versión sesgada de Livio y de Polibio⁵⁵. Volviendo a Waterloo, el Duque de Wellington, quien siempre se opuso a los intentos de narrar dicha batalla más allá de su famoso *Waterloo Dispatch*, no hubiera podido estar más de acuerdo con tal enfoque, y aplastó sin misericordia a quien intentó presentar una visión alternativa en la que, por ejemplo, los prusianos jugaran un papel clave en el desarrollo de “su” victoria⁵⁶. Como ha escrito Luvaas: “*Well may it be said that “on the actual day of battle naked truths may be picked up for the asking; by the following morning they have already begun to get into their uniforms”*”⁵⁷.

Escribía Leon Tolstoi con rara y certera intuición en *Guerra y Paz* que los planes de batalla nunca se cumplen, que las órdenes iniciales no resisten el primer impacto de la realidad, y que en verdad los planes de un general no influyen en el desarrollo de una batalla; y más aún, que nadie, ni siquiera los asistentes a ella, comprende en su globalidad su desarrollo y vaivenes. Sus demoledoras palabras sobre la inanidad de las directrices de Napoleón en Borodino son bien conocidas, pero no tanto la profundidad del razonamiento tras ellas, muy lejos del nacionalismo ruso o del odio al invasor y sino producto de un elaborado pensamiento basado además en la experiencia:

“En la batalla de Borodinó, Napoleón no disparó contra nadie, ni mató a nadie; fueron sus soldados quienes lo hicieron. [...] Ni tampoco Napoleón el que dirigió la marcha de la batalla, ya que ninguna de sus órdenes se cumplió, y durante la batalla no supo lo que estaba

⁵⁴ Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, trad. esp. J. A. Villar Vidal, lib. XXVI-XXX (Madrid 1993), 28.42.14-15.

⁵⁵ Análisis detallado en F. Quesada “La batalla de Baecula en el contexto de los ejércitos, la táctica y la estrategia de mediados de la Segunda Guerra Púnica: una acción de retaguardia reñida” en J. P. Bellón, A. Ruiz, M. Molinos, C. Rueda y F. Gómez (eds.), *La Segunda Guerra Púnica en la península ibérica. Baecula: Arqueología de una batalla*. Textos CAAI, 7 (Jaén 2015, en prensa) 589-608.

⁵⁶ Ver por ejemplo P. Hofschroer, *Wellington's Smallest Victory. The Duke, the Model Maker and the Secret of Waterloo* (London 2004).

⁵⁷ J. Luvaas, “Military History: is it still practicable?” *Parameters* (March 1982) 82-97. (= <http://www.au.af.mil/au/awc/awcgate/luvaas.htm>).

ocurriendo delante de él. [...] El 26 de agosto, el resfriado de Napoleón tenía menos importancia que nunca, y las afirmaciones de los historiadores de que eso influyera en las disposiciones dadas (no tan buenas como las precedentes) y en las órdenes dictadas durante la batalla (peores que las de otras veces), carecen en absoluto de fundamento [...] En la batalla de Borodinó, Napoleón desempeñó su papel de representante del poder tan bien o mejor que en otras batallas. Nada perjudicial hizo para el desarrollo de la acción; inclinóse a las opiniones más razonables; no se confundió, o se contradijo, no se asustó ni desertó del campo de batalla, ejerció con su tacto y con su buena experiencia, tranquila y digna, su papel de jefe imaginario...”⁵⁸.

Esto narra el genial escritor ruso en el cuerpo de su novela. Es menos conocido que en 1888 Tolstoi escribió en el volumen III de la revista *Antigüedades Rusas* un ensayo titulado “*Algunas palabras a propósito de Guerra y Paz*”, que suele incluirse como Apéndice en las mejores ediciones de la novela. Aquí el novelista se pone en la piel del historiador, y explica las bases del razonamiento de su propia versión de Borodino:

“El historiador, al describir una batalla, dice: el ala izquierda de tal cuerpo de ejército avanzó contra tal aldea, rechazó al enemigo y se vio obligada a retroceder... etc. El historiador no puede hablar de otra manera. Mas para el artista, esas palabras carecen de sentido y no tocan siquiera al hecho. El escritor saca de su experiencia, o de cartas, memorias e informes, una representación del hecho; con frecuencia (por ejemplo en la descripción de una batalla), las deducciones que el historiador se permite hacer sobre la actuación de éstas o las otras tropas, son diametralmente opuestas a las conclusiones del artista [...] En cada descripción de una batalla hay una dosis de mentira necesaria, procedente de tener que describir, en pocas líneas, la acción de miles de hombres esparcidos en algunas verstas y sumidos en la más fuerte excitación de ánimo, dominados por el miedo, la vergüenza y la idea de la muerte.

Ordinariamente, en las descripciones de batalla se cuenta que tales y tales tropas fueron enviadas al asalto a cierto punto y después se les ordenó replegarse, etc. como suponiendo que esa misma disciplina que sujeta a decenas de millares de hombres a la voluntad de uno solo en un campo de maniobras o en una parada puede producir el mismo efecto en el campo de batalla, donde está en juego la vida. Quien haya vivido

⁵⁸ L. Tolstoi, *Guerra y Paz* (ed. orig. 1865), trad. esp. F. J. A. Alcántara y J. Laín Entralgo (Barcelona 1988), libro tercero, segunda parte, caps. XXVII-XXVIII.

una guerra sabe cuán inexacto es todo esto; y, sin embargo, los informes se basan en esta suposición, y en ellos las descripciones militares...⁵⁹.

Recordemos que Tolstoi tenía experiencia militar, habiendo servido en el ejército en el turbulento Cáucaso entre 1851 y 1855, combatiendo en algunos de los puntos más peligrosos del asedio a Sebastopol, por lo que no hablaba de oídas.

Son muchos los factores que contribuyen a la agobiante y entorpecedora sensación de caos en la batalla: la acumulación del movimiento de miles de hombres levantando grandes cantidades de polvo y en su caso de humo de pólvora o de incendios, la limitada visión del terreno más allá del entorno inmediato (o incluso ni siquiera de ese pedazo limitado de terreno si el combatiente se encuentra en el interior de una formación cerrada, el cansancio y el miedo, etc.

Como ya insistiera Keegan en *El Rostro de la Batalla*, el terror y la confusión son la experiencia típica del combatiente en primera línea, con graves consecuencias para su capacidad de percepción. Toda una historiografía y psicología militar se ha centrado en ello⁶⁰. El modo casi autónomo en que parece que se desarrollan los acontecimientos una vez iniciado el combate es fenómeno que afecta incluso a los mandos superiores. Es bien conocido el adagio, atribuido a diversos generales, según el cual “ningún plan de campaña sobrevive al primer contacto con el enemigo”⁶¹. León Tolstoi lo reflejó de nuevo espléndidamente en términos literarios: “Era imposible comprender lo que sucedía, no ya desde el sitio en que se hallaba Napoleón...sino incluso en las avanzadas, en las que tan pronto había juntos como separados rusos y franceses, soldados muertos y vivos, hombres espantados o enloquecidos... Aparecían, disparaban, chocaban unos con otros, gritando y escapando sin saber qué hacer...”⁶².

Puede objetarse, es cierto, que nuestra descripción del caos de la batalla ha bebido hasta ahora de fuentes y periodos relativamente modernos, en los que las armas de fuego aumentaron exponencialmente el ruido, el humo y el terror del combate. Pero podemos igualmente acudir a los clásicos para comprobar que, en

⁵⁹ L. Tolstoi, “Algunas palabras a propósito de Guerra y Paz”, en *Guerra y Paz*, op. cit., pp. 1466-1467

⁶⁰ Entre los títulos más relevantes y polémicos, ver J. Shay, *Achilles in Vietnam. Combat trauma and the undoing of character* (New York-London 1995); L. A. Trittle, *From Melos to My Lai. War and survival* (London-New York 2000); H. McManners, *The scars of War* (London 1993) 211-257; D. Grossmann, *On Killing. The Psychological cost of Learning to kill in War and Society* (Boston-London 1995); R. Holmes, *Firing Line* (London 1985) 136 ss. Ver además, en la raíz de parte del enfoque del “rostro de la batalla”, el libro seminal de S. L. A. Marshall, *Men Against Fire. The problem of battle command* (Norman 2000, ed. orig. 1947), pero ver S. L. A. Marshall, *Fact or Fraud?* en http://www.warchronicle.com/us/combat_historians_wwii/marshallfire.htm (última consulta 20 Julio 2015).

⁶¹ Probablemente el origen está en Helmut von Moltke (“el Viejo”) (1800-1891). Ver D. J. Hughes, (en.) *Moltke on the Art of War: selected writings* (New York 1993) 92. En realidad, esta versión es una síntesis del texto de von Moltke: “Ninguna operación [en terminología técnica militar] se desarrolla con certeza alguna más allá del primer contacto con el núcleo principal de las fuerzas enemigas”.

⁶² L. Tolstoi, op. cit., libro tercero, segunda parte, cap. XXXIII.

lo esencial, el panorama de confusión es el mismo e intemporal, y ello utilizando sólo escritores que además tuvieran experiencia militar, generales, autores como Tucídides o Polibio por poner dos ejemplos preclaros.

Veamos lo que Tucídides tenía que decir sobre la visión parcial del combatiente en una batalla, en este caso un episodio del asedio de Siracusa en la Guerra del Peloponeso en pleno siglo V a. C.:

“A partir de ese momento los atenienses se encontraron en una situación de gran confusión y en medio de muchas dificultades, tanto es así que no ha sido fácil obtener información de ninguna de las dos partes respecto al modo como se desarrollaron las distintas fases de la batalla. Porque si de día, a pesar de verse las cosas con mayor claridad, ni aún así lo saben todo aquellos que están presentes en los combates, sino que a duras penas cada uno se da cuenta de lo que tiene ante sus ojos, en una batalla nocturna, la única que se entabló entre dos grandes ejércitos en el curso de la guerra, ¿cómo podría saber nadie nada con exactitud?”⁶³.

Varios siglos después otro militar e historiador podía anotar lo siguiente, con clarividente comprensión de la azarosa esencia del combate:

“Aníbal, con un reducido número de jinetes que le acompañó, se retiró en una marcha ininterrumpida hasta Hadrumeto, donde se puso a salvo. Durante la batalla [de Zama] había hecho todo lo posible, todo lo que debía hacer un buen general, poseedor de una larga experiencia. Primero recurrió a las negociaciones e intentó solventar por ellas la situación de entonces. Esto es propio de un hombre que, aun teniendo en cuenta sus triunfos anteriores, desconfía de la fortuna y conoce el componente de irracionalidad que entra en las batallas”⁶⁴.

La investigación moderna, en esencia, demuestra que caos y azar son elementos clave en el análisis de la batalla antigua tanto como en la moderna o contemporánea⁶⁵.

Así pues, la claridad y objetividad plenas son imposibles en la descripción de una batalla antigua, por mucha voluntad que se ponga en ello, y por mucho que historiadores y novelistas coincidan muy a menudo en obviar lo que en teoría es un “lugar común” sobre el que, por el contrario, creemos que se debe insistir y profundizar. Y las consecuencias para el novelista son evidentes: su capacidad de crear dentro de los parámetros físicos conocidos de la guerra del periodo que

⁶³ Tucídides (*op. cit.*), 7.44.1.

⁶⁴ Polibio, *Historias* (selección de pasajes), trad. esp. M. Balasch (Madrid 1981), 15.15.4.

⁶⁵ P. Culham, “Chance, Command and Chaos in Ancient Military Engagements” *World Futures* 27 (1989) 191-205.

describa, y dentro del proceso *general* de la batalla puede ser extremadamente amplia:

*“As soon as the historian begins to impose order on something as chaotic as battle, he distorts. If his narrative is to mean anything at all to the reader he must simplify and organize the “disjointed mass of reports.” He must, for lack of space, omit incidents that did not contribute to the final result. He must resolve controversies, not merely report them, and he must recognize that not every general is candid, every report complete, every description accurate.”*⁶⁶.

El problema para la descripción coherente de la batalla empeora, además, por la inexistencia de mapas topográficos en el sentido moderno de la palabra (desde el s. XVIII al menos). Un autor clásico, militar o civil, un Polibio o un Livio por ejemplo, que quisiera narrar una batalla en la que no había participado –como ocurre en la inmensa mayoría de los casos– había de contar con las narraciones escritas –o idealmente orales– de testigos presenciales. Pero pretender que esas descripciones de un autor antiguo sean fieles es imposible; y que además encajen con una topografía actual en todos y cada uno de los detalles, una utopía que si se busca demuestra la ignorancia del investigador. Incluso si la topografía de un terreno dado no ha cambiado con los milenios, la visión de cada uno de los participantes en una batalla debió ser necesariamente variada y múltiple, y rara vez, si alguna, un escritor antiguo quiso y pudo, como Siborne tras Waterloo, recopilar toda la información de la batalla desde todos los puntos de vista⁶⁷.

Lo que a un legado, tribuno o centurión le pudo parecer en el momento del combate una cuesta empinada puede no serlo tanto para un caminante fresco, sin miedo y que no está recibiendo fuego. Por otro lado, además, un arroyo encajado en un barranco que se presenta delante de una legión puede transformarse, doscientos metros más allá, un cauce seco o una suave loma. Una cierta comprensión de lo que es realmente un campo de batalla, que puede abarcar cientos de hectáreas, es pues requisito para entender y analizar con la debida cautela lo que las fuentes nos dicen. Hay dimensiones topográficas básicas que deben cumplirse (por ejemplo el espacio necesario para montar un campamento para 20.000 o 40.000 hombres, o para formar el ejército en línea de batalla), pero siempre teniendo en cuenta que incluso esos parámetros son muy variables, porque los

⁶⁶ J. Luvaas, “Military History...” 82.

⁶⁷ Ver la inestimable reconstrucción de las peripecias de Siborne y su “*One of the earliest known examples of mass polling by post*”, en P. Horfschröer, *Wellington's smallest victory...*, especialmente pp. 98-103.

frentes de los ejércitos se pueden estirar y comprimir mucho según las necesidades, como ocurrió en Cannas sin ir más lejos⁶⁸.

Los historiadores modernos, con mapas y SIG, trazamos *a posteriori* planos elegantes y detallados para describir una acción, y a partir de allí criticamos o alabamos las decisiones de generales antiguos, con el beneficio de conocer el resultado. Pero como bien sabe quien ha estado en combate, o incluso quien ha mandado una unidad en maniobras con fuego real, la confusión sobre el terreno suele ser total, y rara vez el combatiente reconoce en esos bonitos mapas la acción en la que participó. El problema de describir adecuadamente una batalla se multiplica para la Antigüedad, cuando las fuentes son escasas, fragmentarias y sesgadas, y cuando el tiempo y la tecnología nos alejan de la experiencia de aquellos hombres. Por el contrario, el novelista no sólo puede, sino que debe elegir una realidad plausible y explotarla literariamente, en lo que diverge por completo del historiador.

4. PERSPECTIVAS

La escuela de pensamiento iniciada por “*The Face of Battle*”, y que para el mundo antiguo ha sido etiquetada por E. Wheeler como el “*Keegan-Hanson-Goldsworthy approach*” viene ejerciendo una gran influencia tanto en la historiografía académica como en la novela histórica. En el mundo académico este enfoque se ha asentado y, pese a la agresividad de algunos críticos, ha llegado para quedarse, proporcionando avances sustanciales en la disciplina.

Como recogía la cita de E. Wheeler con la que abríamos este artículo, hay puntos de convergencia notables entre los novelistas históricos y los “entusiastas” de la aproximación al “rostro de la batalla”, lo que no es necesariamente malo, aunque sí delicado.

Existe sin embargo una percepción creciente entre el gran público de que la novela resulta una forma amena y atractiva de “aprender” historia antigua, y ese error se magnifica por la creciente costumbre de los novelistas de introducir extensas bibliografías como apéndice de sus obras literarias. La labor de documentación de los novelistas ha crecido exponencialmente en las últimas décadas, de modo que sus narraciones resultan cada vez más precisas y mejor ambientadas. La narración de batallas desde la perspectiva del combatiente, usando el enfoque de J. Keegan, es uno de los ejemplos más visibles, más conseguidos además de reconocidos por estos autores, que citan por ejemplo a D. Hanson con

⁶⁸ Sobre esta cuestión y la “arqueología de los campos de batalla” en general, ver F. Quesada “La “Arqueología de los campos de batalla”. Notas para un estado de la cuestión y una guía de investigación” en F. Cadiou, M. A. Magallón, M. Navarro (eds.) *La guerre et ses traces* (= *Salduie*, 8, 2008) 21-35.

naturalidad. Pero que la microvisión del combatiente individual sea verosímil no significa que la narración en su conjunto sea histórica.

En algunos casos, con todo, perdura el enfoque más tradicional del “general omnisciente” y una sujeción en exceso estricta a las narraciones a menudo oscuras o contradictorias de las fuentes clásicas, lo que lastra a nuestro juicio la libertad de los narradores que a veces tratan –incluso inconscientemente– de ser a la vez historiadores. El novelista, por la misma naturaleza de su obra, no puede –ni debe– mostrar al lector las incertidumbres, las alternativas en la explicación de los hechos conocidos, los puntos de vista conflictivos de las fuentes, que son el pan de cada día del historiador. El novelista ha de elegir una descripción de los acontecimientos, uno de entre varios desarrollos posibles de los mismos, y atenerse a ella. El que sea o no la aceptada por la historia actual no debería disuadir al novelista, cuyos objetivos y métodos no son los del historiador.

Con todo, la novela histórica (y en medida aún mayor el cine) pueden ser utilizados con provecho por los docentes, no sólo en el nivel de la escuela secundaria sino incluso en la educación universitaria⁶⁹, partiendo de tres premisas: (a) que un rechazo radical y global una película o la novela como “llena de errores” puede engendrar disgusto en el estudiante, que puede ver en ello la pedantería del académico obsesionado con los detalles; (b) que mucha novela reciente utiliza una documentación amplia combinada con herramientas narrativas que reflejan bien, en el caso de la historia militar, lo que realmente sabemos sobre la naturaleza del combate antiguo, mejor incluso que las fuentes grecolatinas; y (c) que, como en las artes marciales orientales, a menudo se puede utilizar la fuerza aplastante del oponente para dejar al descubierto sus desequilibrios; esto es, se puede contrastar elegantemente lo conocido factualmente y que en algunos casos es la Probabilidad Militar Inherente⁷⁰ con lo narrado visual o literariamente para que el alumno descubra errores, debilidades, alternativas posibles y, en general, ejercite su espíritu crítico y contraste la ficción con fuentes primarias arqueológicas o iconográficas.

⁶⁹ Y podemos remitirnos a una larga experiencia personal de utilización de estas herramientas en los antiguos y actuales segundo y tercer ciclo de los estudios universitarios.

⁷⁰ La PMI es un concepto acuñado por el militar e historiador A. H. Burne en su clásico *More Battlefields of England* (London 1952) ix para quien: “My method here is to start with what appear to be undisputed facts, then to place myself in the shoes of each commander in turn, and to ask myself in each case what I would have done. This I call working on Inherent Military Probability”. J. Keegan, *The Face of...* lo sintetizó así en p. 32: “the solution of an obscurity by an estimate of what a trained soldier would have done in the circumstances”.